

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, lugares o personas reales se ha utilizado con fines meramente ficticios. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, lugares o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Stationery Shop*

© 2019, Marjan Kamali

© 2024, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10080-01-0

Código IBIC: FA

DL: B 21.214-2023

Composición:

Endoradisseny

Diseño de interiores:

David Pablo

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Marjan Kamali

La joven de Teherán

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

Para Kamran: Eres mi amor.

Los dos se dejaban deslizar hacia una intimidad
de la que nunca habían de librarse.

F. SCOTT FITZGERALD,
A este lado del paraíso

Lo único nuevo en el mundo es la historia que no conoces.

HARRY S. TRUMAN

Parte I



Capítulo 1

2013

El centro

—He concertado una cita para ir a verlo.

Lo dijo como si fuese a ir a la consulta de un dentista, de un terapeuta o a visitar a aquel comercial de frigoríficos tan insistente que les había prometido a Walter y a ella que, si compraban el modelo de última generación, dispondrían de leche fría, verduras crujientes y queso fresco de por vida.

Walter estaba secando los platos con la mirada fija en el paño de cocina y el dibujo de un pollito amarillo sujetando un paraguas. No le contestó. El gusto de Walter Archer por la lógica y su habilidad para dejar que la razón se impusiera a todo lo demás daban testimonio del buen juicio de la propia Roya. Después de todo, ¿acaso no se había casado con un hombre razonable y que, por el amor de Dios, era increíblemente comprensivo? Al final, no se había casado con aquel chico, el que había conocido muchas décadas atrás en una pequeña papelería de Teherán. En su lugar, había unido su vida a la de aquel pilar de estabilidad nacido en Massachusetts, Walter, que casi todos los días desayunaba un huevo duro y que, mientras secaba los platos, dijo:

—Si quieres ir a verlo, deberías hacerlo. Me temo que has estado hecha polvo.

A aquellas alturas, Roya Archer era prácticamente estadounidense. No solo por matrimonio, sino en virtud de llevar viviendo en Estados Unidos más de cinco décadas. Podía recordar una infancia vivida en las calles ardientes y polvorientas de Teherán mientras jugaba al pillapilla con su hermana pequeña, Zari. Sin embargo, ahora su vida estaba encapsulada con cuidado en Nueva Inglaterra.

Con Walter.

Una visita a una tienda apenas una semana atrás (¡para comprar clips!) lo había resquebrajado todo y, una vez más, se había visto atrapada en 1953. El cine Metropole, en medio de la ciudad más grande de Irán, durante aquel verano turbulento. El sofá rojo circular del vestíbulo sobre el que colgaba una araña de techo cuyos cristales resplandecían como lágrimas gruesas. El humo de los cigarros que flotaba en el aire dibujando volutas. Él la había conducido escaleras arriba, al interior de la sala, y, allí, en la pantalla, había visto a unos famosos con nombres extranjeros acariciándose. Tras la película, habían paseado juntos bajo el crepúsculo estival. El cielo, de color lavanda, mostraba tal variedad de tonos violetas que le había parecido imposible. Él le había pedido matrimonio cerca de unos arbustos repletos de jazmín y la voz se le había quebrado al pronunciar su nombre. Habían intercambiado incontables cartas de amor y planificado su unión. Pero, al final, nada: la vida le había arrebatado todo lo que habían planeado.

No pasaba nada.

Maman siempre había dicho que, cuando nacemos, llevamos el destino escrito en la frente. No se puede ver ni se puede leer, pero está bien grabado con tinta invisible y la vida se rige por él pase lo que pase.

Había mantenido a aquel chico alejado de sus pensamientos durante décadas. Había tenido una vida que construir y un país que conocer. A Walter. Un bebé que criar. Aquel chico de Teherán había acabado en el fondo de un cubo, como si fuese un trapo

inservible y desgastado, empujado a tales profundidades que, tras un tiempo, casi había caído en el olvido.

Sin embargo, ahora al fin podría preguntarle por qué la había abandonado allí, en medio de la plaza.



Walter tuvo que maniobrar con el automóvil para pasar por un punto resbaladizo que se había visto estrechado por bancos de nieve. Cuando frenaron de golpe, Roy no pudo abrir la puerta del automóvil. De algún modo, durante el largo viaje, se habían quedado encerrados dentro.

Él dio la vuelta y le abrió la puerta porque era Walter; porque lo había criado una madre (Alice: amable, dulce y que olía a ensalada de patatas) que le había enseñado cómo tratar a una dama, y porque tenía setenta y siete años y no podía comprender por qué los jóvenes de aquella época no trataban a sus esposas como si fueran de cristal. La ayudó a bajar del vehículo y se aseguró de que la bufanda de punto le protegiera la nariz y los labios del viento. Juntos, atravesaron el aparcamiento con cuidado y subieron los escalones del edificio gris del Centro de la Tercera Edad Duxton.

En el vestíbulo, una ráfaga de aire demasiado cálido les dio la bienvenida. Detrás de un mostrador había una mujer joven, de unos treinta años, con la melena rubia recogida en un moño. En el pecho llevaba una placa de plástico con el nombre CLAIRE. Detrás de su mesa, había colgados unos panfletos que rezaban «¡Noche de cine!» y «¡Almuerzo bávaro!» con signos de exclamación a pesar de que los bordes estaban doblados y de que en aquel lugar había personas arrugadas que se abrían paso por el suelo de linóleo en silla de ruedas y otras que empujaban andadores para mantener el equilibrio y no caerse.

–¡Hola! ¿Van a unirse hoy a nosotros para el almuerzo de los viernes? –Claire hablaba en voz alta.

Walter abrió la boca para decir algo.

–Hola. Él no –contestó Roya con rapidez–. Mi marido va a probar el famoso bocadillo de falsa langosta de Dandelion Deli. Lo he buscado en Yelp. Es muy raro encontrar bocadillos de langosta en pleno invierno, ¿no te parece? Aunque sea langosta falsa. –Estaba divagando. Se estaba esforzando por no estar nerviosa–. Le daban cinco estrellas.

–¿A ese sitio? –La recepcionista parecía sorprendida.

–A su bocadillo de langosta –masculló ella.

Walter suspiró y alzó cinco dedos para indicarle a la mujer que su esposa confiaba en las cinco estrellas.

–¡Ah, muy bien! ¡Langosta! –asintió la joven, que pronunciaba la palabra alargando las sílabas–. ¡Hay que confiar en las reseñas de Yelp!

–Bueno, en marcha –le dijo con delicadeza a su marido. Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla recién afeitada. Piel arrugada y el olor del jabón Irish Spring. Quería tranquilizarlo.

–Cierto –asintió él–. Entendido. Me marchó pues. –Sin embargo, no se movió. Roya le estrechó la mano. El mismo agarre suave y familiar de toda la vida–. No dejes que se meta en muchos problemas –le dijo al fin a la recepcionista. Tenía la voz tensa.

Una ráfaga de aire frío inundó el vestíbulo cuando Walter atravesó las puertas dobles y bajó al aparcamiento cubierto de hielo.

Roya se quedó frente al mostrador, inquieta. De pronto, se sintió abrumada por el olor a amoníaco y a algún tipo de estofado. ¿Ternera? Ternera con cebolla, sin duda. La calefacción, que estaba muy alta para compensar el frío de Nueva Inglaterra, hacía que el olor del estofado resultase demasiado penetrante. No podía creer que de verdad hubiera ido hasta allí. Los radiadores siseaban, las sillas de ruedas chirriaban y, de repente, todo aquello le pareció un terrible error.

–¿Y cómo puedo ayudarla a usted? –le preguntó Claire.

Llevaba en torno al cuello una cruz de oro. La miraba con un gesto extraño, como si la conociera.

–Pedí cita para ver a alguien –dijo Roya–; a uno de los pacientes a los que atendéis.

–Ah... Se refiere a uno de los residentes. Maravilloso. ¿Y de quién se trata?

–El señor Bahman Aslan.

Las palabras salieron de sus labios poco a poco, como si fueran anillos de humo visibles y reales. Habían pasado años desde la última vez que había pronunciado su nombre completo en voz alta.

La cruz que Claire llevaba al cuello resplandeció bajo las luces fluorescentes. A esas alturas, Walter ya habría salido del aparcamiento.

La joven se puso en pie, salió de detrás del mostrador y se colocó frente a ella. Después, le tomó ambas manos con gentileza.

–Me alegro mucho de conocerla al fin, señora Archer. Soy Claire Becker, la administrativa adjunta del Centro Duxton. Gracias por venir. Me han hablado muchísimo de usted. Significa mucho para mí que esté aquí.

Así que no era la recepcionista, sino una de las administrativas. ¿Cómo sabía Claire Becker su nombre? Debía de aparecer en el registro de citas. Después de todo, había pedido una. Pero ¿por qué actuaba aquella joven como si la conociera? ¿Y por qué le habían hablado tanto de ella?

–Venga conmigo, por favor –le dijo Claire con suavidad–. La llevaré hasta él directamente.

En aquella ocasión no añadió el obligatorio tono de exclamación que parecía necesario para ocultar la tristeza de aquel lugar.

Roya la siguió por un pasillo hasta llegar a un salón enorme en el que había una mesa alargada con sillas plegables de plástico colocadas a cada lado. Sin embargo, no había nadie jugando al bingo o chismorreando. Claire señaló en dirección al fondo de la estancia.

–Ha estado esperándola.

Junto a la ventana, había un hombre en silla de ruedas y, a su lado, una silla de plástico vacía. Les daba la espalda, por lo que

Roya no podía verle el rostro. Claire comenzó a acercarse a él pero enseguida se detuvo. Ladeó la cabeza y la miró de arriba abajo, como si estuviera evaluando su potencial para generar seguridad, daño o algún tipo de drama. Jugueteó con su collar.

–¿Puedo traerle algo? ¿Agua? ¿Té? ¿Café?

–Oh, estoy bien, pero gracias por preguntar.

–¿Está segura?

–Eres muy amable, pero estoy segura.

En aquel momento, fue Claire la que pareció reticente a marcharse. Cielo santo, nadie quería dejar a Roya a solas con aquel... residente. Por el amor de Dios. Como si ella, una mujer pequeña en la setentena, siguiera ejerciendo algún tipo de poder sobre él o sobre cualquiera. Como si ella, Roya Archer, pudiera incendiar el lugar con su mera presencia o provocar una explosión tan solo por estar allí.

–Estoy bien –dijo.

Había aprendido a contestar así de los estadounidenses: «Estoy bien», «Todo va bien», «Todo correcto», «*Okey makey*». Americanismos facilones. Sabía cómo hacerlo. El corazón le palpitaba, pero miró a Claire con calma.

La joven agachó la cabeza y, al fin, se dio la vuelta y se alejó. El repiqueteo de sus tacones mientras salía del salón iba acompasado con el corazón especialmente ruidoso de Roya.

Todavía estaba a tiempo de seguir a Claire y abandonar aquel lugar hediento, alcanzar a Walter antes de que terminara de comer, volver a casa, meterse en la cama y fingir que nunca había cometido aquel extraño error de cálculo. No era demasiado tarde. Imaginó a su marido encorvado sobre una cerveza de jengibre y un bocadillo de langosta, solo en aquel *delicatessen*... Pobrecito. Pero, no; había ido hasta allí para descubrir al fin la verdad.

Un pie delante del otro; así se hacían las cosas. Se obligó a acercarse a la silla de ruedas que había junto a la ventana. Sus tacones no repiquetearon, ya que llevaba puestos sus inseparables zapatos grises de suela gruesa. Walter había insistido en que se pusiera

botas de nieve, pero se había negado. Estaba dispuesta a aceptar muchas cosas, pero presentarse por primera vez en sesenta años ante su antiguo enamorado con unas botas esquimales era una de las pocas cosas que no podía aceptar.

El hombre parecía ajeno a su presencia, como si no existiera.

–Te he estado esperando –dijo de pronto una voz en farsi.

El cuerpo de Roya se estremeció. Aquella voz la había animado y reconfortado cuando habían sido inseparables.

Era 1953. Era verano y ella tenía diecisiete años. Nueva Inglaterra se disolvió y tanto el frío del exterior como el falso calor del interior se evaporaron. Roya tenía las piernas morenas y tonificadas, y ambos, él y ella, estaban junto a las barricadas, apoyados contra la madera astillada y gritando a todo pulmón. La multitud se agolpaba, el sol le quemaba la coronilla de la cabeza, llevaba dos trenzas que le llegaban a la altura del pecho y tenía el cuello estilo babero empapado en sudor. A su alrededor, la gente alzaba los puños al aire y gritaba al unísono. La emoción, el saber que algo nuevo y mejor estaba a punto de llegar, la certeza de que le pertenecería en un Irán libre y democrático... Todo aquello era suyo. Habían sido dueños de un futuro y un destino y se habían involucrado con un país al borde de un nuevo comienzo. Lo había amado con la fuerza de una explosión y le había resultado imposible imaginar un futuro en el que no escuchase su voz todos los días.

Sobre el linóleo, Roya vio sus pies que, de pronto, le resultaron irreconocibles dentro de aquellos zapatos grises de ancianita con suelas gruesas y unos lazos diminutos.

El hombre hizo girar la silla de ruedas y una sonrisa se apoderó de su rostro. Parecía cansado. Tenía los labios secos y unas arrugas profundas le surcaban la frente. Sin embargo, su mirada era alegre y llena de esperanza.

–Te he estado esperando –repitió.

¿Era posible volver atrás con tanta facilidad? Tenía la misma voz. Era él al completo. Los ojos, la voz... Su Bahman. Pero, entonces, recordó por qué había ido hasta allí.

–Ya veo. –La voz le sonó mucho más fuerte de lo que había esperado–. Pero lo único que quería preguntarte es: ¿por qué demonios no me esperaste la última vez?

Se dejó caer sobre la silla que estaba junto a él, más cansada de lo que había estado jamás en todos los años que llevaba sobre la faz de la tierra. Tenía setenta y siete años y estaba agotada. Sin embargo, mientras recordaba aquel verano cruel y decepcionante del que nunca se había recuperado del todo, se sintió como si todavía tuviera diecisiete.

Capítulo 2

1953

El joven que cambiaría el mundo

–Me gustaría que vosotras, hijas mías, fuerais las próximas Madame Curie de este mundo –dijo Baba mientras comían pan *naan* recién hecho con queso feta y mermelada casera de guindas–. Eso me encantaría. O incluso que fuerais escritoras. –Sonrió en dirección a Roya–. Como esa mujer estadounidense... ¿Helen Keller?

–No soy sorda, Baba –dijo Roya.

–Ni tampoco es ciega, Baba –añadió Zari.

–¿Y qué tiene eso que ver? –Maman hizo un gesto para que sus dos hijas comieran más deprisa.

–Tienes que ser sorda y ciega para ser Helen Keller –dijo Zari con una sonrisa resplandeciente, orgullosa de sus conocimientos sobre las heroínas estadounidenses.

–Y muda. No te olvides de muda –masculló Roya.

–No me refería a eso. –Baba dejó el vaso de té–. Me refería a lo de ser un genio y a lo de escribir once libros... ¡A eso me refería!

A Maman y Baba el destino les había otorgado tan solo dos descendientes y, además, dos chicas. Su padre era un hombre notable y excepcionalmente abierto de mente para su época: quería que sus hijas recibieran una educación y tuvieran éxito. La educación era su religión y la democracia su sueño.

Como estudiantes de instituto, Roya y Zari estaban en el camino adecuado para obtener la mejor educación que podía conseguir una chica en Irán en 1953. El país estaba cambiando y abriéndose con rapidez. Tenían un primer ministro elegido de manera democrática: Mohammad Mossadegh. También tenían un rey, el sah, que continuaba con la defensa de los derechos de la mujer que había comenzado su padre, el sah Reza.

—¡Cuando se trata del petróleo, el sah es sin duda un siervo de los malditos británicos! —solía decir Baba a todas horas—. Pero, sí, ha ayudado con el asunto de las mujeres; eso lo reconozco.

El desdén y las críticas de los miembros más tradicionales de la familia acompañaban a las visiones aperturistas de su padre y su madre. En la cocina, a medio camino entre los susurros y los gritos, las tías le preguntaban a Maman cómo podían permitir que sus hijas adolescentes fueran a todas partes sin acompañante. Ella se había vuelto una experta en tomárselo a broma. Había dejado de usar el hiyab tan pronto como el sah Reza había puesto en vigor en los años treinta una ley que permitía a las mujeres no llevar el velo. Acogía las reformas para la emancipación de la mujer aunque sus familiares más religiosos se estremecieran ante las costumbres extranjeras de los *farangi*.

Maman y Baba habían enviado a sus hijas al mejor instituto femenino de Teherán. Cada mañana, mientras su madre hacía el té, Roya y Zari se preparaban para el día que tenían por delante. Roya tan solo se lavaba la cara y se recogía el pelo oscuro y espeso en dos largas trenzas, pero Zari se ponía un poco de color en los labios y se acomodaba con orgullo las ondas que creaba al enrollarse todas las noches secciones del cabello con papel de periódico.

Mientras su hermana pequeña se arreglaba y acicalaba, Roya contempló su propio reflejo en el espejo. En el último año, había cambiado mucho. Había perdido parte de la redondez infantil en el rostro y tenía los pómulos más prominentes. Aunque, a veces, había sufrido de acné, tenía la piel despejada. Tenía la melena

larga y negra ondulada de forma natural, por lo que podría haber dejado que le cayera sobre los hombros, tal como Zari le recomendaba que hiciera muy a menudo. Aun así, continuaba haciéndose trenzas. Eso hacía que se siguiera sintiendo ella misma, sobre todo teniendo en cuenta que todo lo demás había cambiado tanto a nivel físico. Seguía siendo menuda, pero, en los últimos tiempos, tenía muchas más curvas y mucho más pecho. O, como Zari decía: estaba más «desarrollada».

Su hermana la apartó a un lado con un codazo y ocupó el lugar frente al espejo. Se acarició la melena e hizo un mohín.

–Este peinado hace que me parezca a Sophia Loren, ¿verdad? ¿Qué otra cosa podía hacer ella más que decir que sí? Se abotonó la blusa de algodón de manga larga, se puso el uniforme de tela *ormak* y se subió los odiados calcetines hasta la rodilla. Tenía que admitir que incluso ella quería llevar calcetines tobilleros («calcetines americanos», tal como los llamaban las demás chicas), pero la directora castigaba a aquellas que vestían calcetines cortos. Roya no había reunido la valentía para entrar en la escuela con la cabeza bien alta y ese tipo de calcetines en los pies.

–¡Es nuestra esperanza! –Durante el desayuno, Baba se llenó la boca de pan y queso feta–. El primer ministro Mossadegh ha nacionalizado el petróleo para que podamos librarnos del poder absoluto de la AIOC. –La AIOC, la Compañía de Petróleos Anglo-Iraní, era la némesis de su padre–. Por primera vez en décadas, los iraníes podemos sentir que tenemos el control de nuestros propios recursos naturales en lugar de pensar que se están aprovechando de nosotros los países imperialistas. El primer ministro es el único que puede oponerse a las potencias extranjeras. Con Mossadegh guiándonos, pronto seremos una democracia plena. Ahora, si vosotras estudiáis Historia, Química y Matemáticas, podréis uniros a la mejor clase profesional que esta gran nación haya visto jamás. ¿Podéis creerlo? ¿Veis lo que está a vuestra disposición y las oportunidades que hay ahora para las jovencitas? ¿Qué puedo hacer yo como funcionario del Go-

bierno? ¿Llevar papeles de un lado a otro? ¿Quedarme sentado bebiendo té? –Dio otro trago largo de su taza–. Pero vosotras, hijas mías... ¡Vosotras llegaréis más lejos de lo que vuestra madre y yo hemos soñado jamás! ¿Verdad, Manijeh?

–¡Una mañana! –exclamó Maman–. ¿No podemos desayunar ni una sola mañana sin que nos des un sermón?

Baba pareció un poco dolido, pero no se calló del todo.

–¡Mi Marie Curie! –dijo mientras le hacía un gesto con la cabeza a Zari–. ¡Mi Helen Keller! –añadió, guiñándole un ojo a Roya.

Las chicas, que habían nacido con dieciocho meses de diferencia, conocían muy bien las grandes esperanzas de su padre. Roya, que tenía diecisiete años, intentaba cumplir sus deseos, pero lo que de verdad quería hacer era leer novelas traducidas de autores con nombres como Hemingway o Dostoievski y leer poemas de los grandes persas como Rumi, Hafez o Saadi. También le gustaba cocinar junto a Maman y seguir las recetas para hacer los mejores guisos *khoresh*.

Además, su hermana pequeña estaba lejos de convertirse en la futura Madame Curie. Zari estaba obsesionada con un chico llamado Yousof. Quería casarse con alguien rico, bailar el tango y aprender el vals. Quería pagar cinco tomanes por un boleto en una de las fiestas de los chicos populares, lanzarse a bailar una samba e impresionar a todo el mundo con sus movimientos. La mayoría de las noches, cuando se iban a dormir, Zari le hablaba sobre sus sueños con todo detalle.

–Bueno, marchaos. –Maman les dio un beso en la mejilla a ambas y les arrebató los vasos de té.

Zari hizo el saludo militar frente a su padre a modo de broma sobre la devoción que sentía por sus ideales. En lugar de reírse, el hombre le devolvió el saludo con lentitud y seriedad. Ella miró a Roya con una mueca fugaz que solo vieron las dos hermanas.

En la puerta, se pusieron los zapatos. A pesar de que Roya estaba en el último curso del instituto y Zari en el penúltimo, seguían estando obligadas a llevar los zapatos de cuero de muñequita que

formaban parte del uniforme del centro. Roya tiró de la correa y se la abrochó con fuerza.

Salieron de la zona *andaruni* de la casa y se encaminaron a la parte exterior. Recorrieron el pasillo y bajaron las escaleras que conducían al jardín. Cuando pasaron junto al estanque de azulejos turquesa con peces *koi*, Roya envidió a los animales, pues lo único que hacían era nadar en aquel agua fresca y azul. No se suponía que tenían que convertirse en miembros exitosos de la mejor clase profesional que la nación hubiese visto jamás.

Roya cerró la verja cuando salieron al callejón. Después, se dirigieron a la calle principal. Allí, se pegaron la una a la otra, apretándose los libros contra el pecho.

Siendo tan pronto por la mañana, no había manifestantes, pero el suelo estaba repleto de panfletos de algún mitin previo. También había fotografías del primer ministro Mossadegh con su nariz afilada y ganchuda y sus ojos eruditos y cansados del mundo. Roya no podía soportar ver su rostro esparcido de aquel modo por el suelo, donde la gente podía pasar por encima. Recogió unos pocos papeles y, con cautela, los sujetó bocarriba.

—Ay, por favor, ¿de verdad crees que puedes salvarlo? —preguntó Zari—. Esta noche va a haber una manifestación comunista. Después de esa, habrá otra en la que se reunirán los partidarios del sah. No puedes salvar al primer ministro. Hay dos facciones que lo superan en número y que quieren que desaparezca.

—¡Tiene miles de millones de seguidores! Nosotros, el pueblo, lo apoyamos —dijo Roya.

—El pueblo tiene muy poco poder y lo sabes. En este país hay demasiada corrupción y demasiados tratos que se hacen entre bambalinas.

Mientras seguían caminando, Roya se apretó los libros y las fotografías de Mossadegh contra el pecho con más fuerza. Sin duda, Zari tenía razón. En la escuela, justo la semana anterior, habían convocado una asamblea especial. La directora, subida en el escenario con las manos en las caderas, había exigido que las

estudiantes identificaran a la persona que estaba haciendo circular propaganda comunista entre ellas. Nadie se había pronunciado. Roya sabía que era Jaleh Tabatabayi la que pasaba aquellos panfletos escondidos entre folios bajo los escritorios y durante el recreo. Se preguntaba cómo tenía acceso a aquellos documentos políticos o, para empezar, cómo se atrevía a hacerse con ellos. Más tarde, a la hora de la salida, había aparecido la policía con un megáfono, pistolas y una manguera. Abbas, el portero de la escuela, había ayudado a los agentes de cuello ancho a acoplar la manguera a uno de los grifos del patio. Justo cuando Jaleh había salido del edificio, habían abierto el grifo y habían apuntado el agua con toda su potencia hacia ella. Al principio, el gesto de la chica había sido de sorpresa, de una especie de asombro. Luego, había cambiado a uno de decisión. Había dado un salto para evitar aquella serpiente de agua siseante y había aterrizado con un golpe seco en medio del torrente. Pocos segundos después, Jaleh había acabado empapada, con el uniforme pegado a sus curvas y la melena chorreando.

Uno de los policías le había dicho:

–Eso te enseñará a no faltar al respeto a tu país al difundir mentiras comunistas. No creáis que, al final, no vamos a acabar encontrando a todos los que os escondéis detrás de los traicioneros complots rusos. Las chicas tenéis que centraros en convertirnos en jovencitas decentes en lugar de en burras con gusto por la política.

La directora había aplaudido.

Las chicas partidarias del rey, devotas al sah, también habían aplaudido y vitoreado formando un corrillo en el patio. Varias de aquellas chicas seguidoras del sah procedían de familias ricas cuyos padres trabajaban en la industria del petróleo. Unas pocas chicas profundamente religiosas se habían sumado a los aplausos. Por primera vez en mucho tiempo, las familiares del clero y las admiradoras del sah habían mostrado un frente unido.

En cuanto la policía y la directora se hubieron marchado del patio, las chicas procomunistas habían salido corriendo hacia Jaleh

y se habían apiñado a su alrededor. Habían intentado secarla con sus chaquetas, sus pañuelos o los dobladillos de sus uniformes. Ella, aunque empapada, había mantenido la cabeza bien alta y les había dicho que no se preocuparan. Incluso se había reído. Roya se había dado cuenta de que, a partir de ese momento, Jaleh iba a distribuir más panfletos marxistas, no menos. Así eran las chicas comunistas del Tudeh: intrépidas y decididas, predicando siempre que Irán debería seguir los pasos de la Unión Soviética.

Roya, Zari y las chicas que defendían al primer ministro se habían agolpado en su propio círculo, sorprendidas y agitadas. Si otra estudiante le hubiera preguntado a quién apoyaba, Roya habría dicho: «Al primer ministro Mossadegh y al Frente Nacional». Decir cualquier otra cosa habría hecho que a Baba se le rompiera el corazón. El primer ministro podía conducir a su país hacia la democracia plena. Había estudiado Derecho en Suiza, se había convertido en ministro de Exteriores y había viajado hasta Estados Unidos para presentarse ante las Naciones Unidas y afirmar que la británica Compañía de Petróleos Anglo-Iraní debería otorgar a Irán la propiedad de su propio petróleo. A Roya le gustaban la independencia y autosuficiencia de Mossadegh. Incluso admiraba su pijama (con el que le habían fotografiado en alguna ocasión).

De camino a la escuela con Zari, mientras recordaba el incidente de Jaleh y la manguera, Roya deseó que la polarización y las rivalidades políticas constantes llegasen a su fin. La política se había infiltrado en todas las aulas. Ahora, al igual que el país, sus compañeras de la escuela estaban divididas entre las defensoras del rey, las del primer ministro y las comunistas. Estaba cansada de que fuese así.

Cuando llegaron a la verja de acceso, se encontraron con Abbas, el portero, que mostraba un gesto adusto. Su trabajo era asegurarse de que ninguna persona sin autorización accediese a los terrenos de la escuela, proteger la santidad de la institución y la seguridad de las chicas. No formaba parte de sus funciones abrirse la apertura de la entrepierna de los pantalones y mostrar

su pene adornado por un impecable lazo rosa. Sin embargo, era famoso por hacer justo eso de forma ocasional.

Zari se tensó mientras Abbas abría la verja y sonreía. En cuanto hubieron pasado junto a él y estuvieron fuera de su alcance, susurró:

–La semana pasada volvió a enseñarme el pajarito.

–¿Llevaba un lazo? –le preguntó Roya.

–Como siempre. ¿Cómo pueden los hombres andar siquiera con esa cosa ahí colgando?

–Tiene que doler.

–Es tan grande que me sorprende que no tengan sarpullidos constantes ahí abajo.

–Bueno, solo se la has visto al portero.

–Sí. –Zari pareció meditarlo un instante.

–¿Se lo contaste a la directora?

–Me dijo que estaba muy feo que una chica como yo mintiera, que Abbas lleva trabajando aquí desde antes de que yo naciera y que debería darme vergüenza inventarme historias tan vulgares.

–Ya veo. Su respuesta habitual...

–Sí –contestó Zari con un suspiro.



Los chicos no tenían problema para encontrar el camino desde sus escuelas hasta la de las chicas para merodear junto a la verja a la hora de salida. Abbas les gritaba y los ahuyentaba.

–¡Hijos de perra! –chillaba–. Dejad en paz a estas chicas. ¡Arderéis en el infierno!

Roya ignoraba a los muchachos que las seguían hasta casa, pero Zari se aseguraba de que los que eran guapos la vieran revolverse la melena oscura y espesa, especialmente si Yousof estaba entre el grupo. Algunos días, los chicos aparecían en cada esquina y en cada recodo del camino. Chicos engominados, astutos e inteligentes que les guiñaban el ojo, les sonreían y coqueteaban con ellas;

chicos guapos y bien vestidos con sonrisas encantadoras; chicos tímidos y callados que las miraban de reojo de vez en cuando y se sonrojaban cuando los pillaban. Roya se había acostumbrado a ellos del mismo modo que uno se acostumbra a las moscas. Es decir que, en realidad, jamás se había acostumbrado.

El lugar favorito de Roya en Teherán era la papelería que estaba en la esquina de la calle Churchill con la avenida Hafez, delante de la embajada rusa y justo en la acera de enfrente de su escuela.

Le encantaba pasar los dedos por las libretas lisas que había en aquella tienda. También le encantaban las cajas de lápices que olían a grafito y que prometían conocimiento. Podría haberse pasado todas las tardes contemplando las plumas estilográficas y las botellitas de tinta u hojeando libros que hablaban de poesía, amor y pérdida. La tienda no tenía un nombre elegante; se llamaba La Papelería, sin más. Sin embargo, era tanto una librería como una papelería. Conforme las divisiones políticas se profundizaban aquel invierno y la gente más exaltada se enzarzaba en debates y manifestaciones por todas partes, resultó ser el escondite perfecto para el silencio y el aprendizaje. Era un santuario de calma y tranquilidad. Nunca había demasiada luz ni demasiado ruido.

Un día especialmente ventoso de enero, cuando Roya quiso escapar de la manifestación comunista que estaba tomando impulso en la calle, se coló en la tienda. Tan solo quería leer algo de poesía.

—¿Algo de Rumi para hoy? —le preguntó el señor Fakhri desde detrás del mostrador.

Era un hombre cincuentón, tranquilo y amable, que tenía el cabello salpicado de canas, un bigote poblado y gafas metálicas redondas. Siempre llevaba los zapatos recién abrillantados. Había sido el dueño de aquella tienda desde que Roya tenía memoria y era un experto en libros que mantenía los estantes repletos de clásicos persas, poesía y traducciones de obras literarias de todo el mundo.

—Sí, por favor.

Iba a la tienda tan a menudo que el señor Fakhri conocía sus

gustos lectores muy bien. Sabía que le encantaba la poesía persa antigua, pero que no podía soportar algunas de esas historias cortas modernas. Sabía que se gastaría hasta el último céntimo de su propina en una libreta nuevecita y que sus productos de papelería favoritos eran los importados de Alemania, ya que eran los más coloridos y modernos. Sabía que no solo leía cada una de las palabras de los antiguos poetas, sino que, en silencio, de vez en cuando también escribía sus propias palabras en las libretas que le compraba. El señor Fakhri sabía todas esas cosas y, tanto como las pilas de libros nuevos, lápices y libretas, era su calma desprovista de cualquier juicio lo que la llevaba a aquella tienda.

—Aquí tienes. —El libro de poesía de Rumi que le tendió estaba impreso en papel nuevecito y brillante y tenía una cubierta verde oscuro con letras doradas—. Entre esas páginas se encuentran algunas de sus mejores obras. Asegúrate de encontrar un sitio tranquilo y no dejes que nadie te moleste. Si de verdad quieres llegar al fondo de su verdad, es necesario concentrarse.

Roya asintió y fue a coger el monedero cuando sonó la campanilla que había sobre el umbral de la tienda. La puerta se abrió de golpe, dejando que se colaran dentro los gritos de la calle y una gran ráfaga de viento. Las páginas del libro de Rumi se sacudieron entre sus manos. Un chico de su edad entró en el local a toda prisa. Vestía una camisa blanca y pantalones oscuros; tenía el cabello negro y espeso y las mejillas sonrojadas por el viento. Entró silbando una melodía nostálgica y llena de añoranza que no se parecía a nada que hubiera escuchado antes y que desentonaba por completo con su forma de caminar y la seguridad que desprendía.

El señor Fakhri se puso alerta y se movió con rapidez. Se lanzó detrás del mostrador, agarró un montón de papeles, los ató con un cordel y se los tendió al muchacho como si llevara todo el día esperando a aquel cliente especial. El chico dejó de silbar, rebuscó entre sus bolsillos y pagó. Fue una transacción rápida y urgente en la que no mediaron palabras. Casi había llegado a la puerta

cuando se dio la vuelta. Roya pensó que iba a darle las gracias al señor Fakhri, pero, por el contrario, la miró directamente a ella. Tenía la mirada alegre y llena de esperanza.

–Es una suerte conocerte –le dijo. Después, salió a grandes zancadas de la tienda, en dirección al viento.

El señor Fakhri y Roya se quedaron de pie y en silencio mientras la tienda volvía a recuperar la normalidad tras los efectos de la presencia del joven. Era como si se hubieran subido a un globo aerostático que estuviera empezando a aterrizar y desinflarse.

–¿Quién era ese? –preguntó ella que, sin motivo aparente, se sentía emocionada. Era confuso y desconcertante sufrir la oleada de entusiasmo que la recorrió tan solo por la breve visita de aquel chico.

–Ese, querida mía –contestó el señor Fakhri–, es Bahman Aslan. –Un gesto de preocupación le atravesó el rostro mientras tamborileaba con los dedos sobre el mostrador–. Ese es el joven que quiere cambiar el mundo.

Con cuidado, Roya metió el libro de Rumi en la mochila. Miró fijamente la puerta. Se sentía un poco contagiada, como si acabara de presenciar algo sobrecogedor y sorprendente pero también muy personal; algo que formaba parte del inevitable palpitar de la esperanza, la vida y la energía. Aturdida, se despidió del dueño de la tienda.



Durante días, lo estuvo buscando en las calles. El mocoso de Hossein las seguía de acá para allá, lo cual le molestaba mucho. Cyrus, que era atrevido y ruidoso, se empeñaba en abrirles las puertas a ella y a Zari. Yousof le lanzaba un par de miradas a su hermana cuando se cruzaban por la calle y, después, fingía estar concentrado en una farola. Parecía que, allá donde fueran, los estudiantes de los colegios masculinos atestaban las calles. Los chicos participaban en grupos en diferentes manifestaciones. Sin

embargo, el único chico que había irrumpido en la papelería y había hecho que el mundo girase un poco más rápido, con mayor ligereza y con mucho más vigor aunque solo hubiese sido durante unos pocos minutos no aparecía por ninguna parte.

Roya iba y volvía de la escuela con Zari todos los días, se comía los guisos *khoresh* de Maman y escuchaba a Baba cuando les contaba todos los detalles de los planes del primer ministro Mossadegh, que iba a conseguir que su país se librara de las influencias extranjeras de una vez por todas para que nadie pudiera volver a robarles el petróleo. ¡Los iba a empujar a un futuro democrático! Roya estudiaba Geometría, garabateaba poesías y sonreía cuando su padre le decía que, por Dios, se olvidara de Helen Keller, ya que iba a ser la siguiente Madame Curie. Sin embargo, no veía en ningún sitio al chico de los ojos alegres, aquel que había hecho que el señor Fakhri le entregara un montón de papeles con rapidez y seriedad, como si le estuviera entregando el arma a un guerrero.



La semana siguiente, en la papelería, Roya tomó un sacapuntas de metal y pasó el pulgar por las pequeñas rugosidades que tenía en los laterales. Una vez más, el viento agitó las páginas de los libros amontonados cuando la puerta se abrió de golpe y él entró.

En aquella ocasión dejó de silbar en cuanto la vio. Parecía un poco menos seguro de sí mismo y más tímido.

—Rumi —le dijo al señor Fakhri. Aunque, al hacerlo, la miró rápidamente.

Llevaba el cabello oscuro peinado con cuidado hacia un lado. La camisa blanca que vestía estaba planchada. Los ojos le resplandecían y sonreía de forma educada.

Con la misma velocidad y el mismo deseo de complacer, el señor Fakhri tomó una copia del mismo libro que le había entregado a Roya la semana anterior. Después, se aclaró la garganta.

—Ahí tienes, jan Bahman.

En aquella ocasión Bahman le dio las gracias al librero, se inclinó un poco ante Roya y volvió a salir a la calle a grandes zancadas.

—¿Por qué tiene tanta prisa? ¿Adónde va? ¿Qué es tan importante? —dijo en cuanto hubo recuperado la cordura. Pensaba demostrarle al señor Fakhri que aquel muchacho no la dejaba sin palabras.

—Ya te lo dije, khanom Roya: el chico quiere cambiar el mundo; para eso, hace falta apurarse. —El hombre tomó un trapo y se puso a quitarle el polvo al mostrador—. Hace falta vigilancia. —Dejó de frotar la superficie—. Hace falta... —la miró fijamente— precaución extrema.

Roya resopló y dejó el sacapuntas. Después, enderezó la espalda.

—No sé cómo pretende cambiar el mundo. Anda demasiado rápido y no es muy educado. ¡Silba sin motivo! Apenas le habló cuando vino la última vez, el martes pasado. Actúa como si fuese muy importante... Y tiene el pelo raro. No estoy muy segura de cómo va a cambiar el mundo un chico así.

—Precaución —el señor Fakhri apoyó ambas manos sobre el mostrador y se inclinó hacia ella— extrema.



La habían advertido. Había vuelto a ver a Bahman varias veces en aquella tienda y, cada una de esas veces, había llegado un martes justo después de la escuela, como si hubiera sabido que ella iba a estar allí. Cada una de las veces, Roya había fingido estar ocupada hojeando los libros, estudiando los productos de papelería nuevos o mirando cualquier otra cosa que no fuese él. Cada una de las veces, por supuesto, había sido incapaz de no lanzarle una mirada. Había sido así hasta el quinto martes, en el que no pudo seguir soportando el silencio entre ellos.

Fingió tener una pregunta sobre poesía y se la lanzó al señor Fakhri que, por algún motivo, no respondió, así que tuvo que contestarle el joven.

El joven que cambiaría el mundo consiguió decir «Fuego» como respuesta a su pregunta sobre qué palabra era la siguiente en la estrofa que acababa de recitar de uno de los antiguos poemas de Saadi. A Roya se le encendió el rostro.

–«Fuego» –repitió él.

Desde luego, estaba en lo cierto; aquella era la siguiente palabra en la estrofa de Saadi. Lo dijo con tanta seguridad que ella se encontró a medio camino entre desear que se equivocara y sentarse a hablar con él durante horas. Sin embargo, tenía que marcharse, ya que su hermana la estaba esperando.

Cuando se encontró con ella al otro lado de la calle, Zari estaba de especial mal humor. Se quejó de que se había quedado sorda de oír a todos los manifestantes políticos mientras su hermana se entretenía con los lápices y los libros en aquella maldita tienda. Le dijo que necesitaba volver a casa y tumbarse con una botella de agua caliente porque tenía unos dolores menstruales insoportables, que se estaba muriendo de hambre porque la había estado esperando mucho tiempo, y que, para variar, tenía que aprender a respetar el tiempo de los demás. Roya la escuchó refunfuñar durante todo el camino de vuelta a casa, pero no dejó de mirar alrededor, preguntándose cuándo, si es que llegaba a ocurrir alguna vez, volvería a ver a aquel chico en algún lugar que no fuese la papelería.

2013

Roya apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla del automóvil y observó pasar Nueva Inglaterra, estoica en su frialdad.

Quería centrarse en Walter y en lo mucho que iban a disfrutar la cena. Iba a preparar las varitas de pescado que a él tanto le gustaban. Quería olvidarse de aquel chico y de la visita que

acababa de hacerle en aquel centro. Sin embargo, las palabras de su carta se negaban a abandonarla. Sin querer, las había memorizado sesenta años atrás.

Te lo prometo, amor mío. Reúnete conmigo en la plaza Sepah, en el centro... El miércoles 28 de *mordad* a las doce del mediodía. O un poco más tarde, si no llego a tiempo. Reúnete allí conmigo y, de una vez por todas, seremos uno. La emoción de verte hará que pueda seguir adelante los próximos días.

—Ay, Walter —dijo.

Entonces, apoyó la frente en la ventanilla y lloró.